

Notas de andar y ver

Jesús J. Silva-Herzog Márquez

Murió Jaime García Terrés. En la introducción a su curriculum vital recordaba su primera aventura literaria. "Me aficioné a escribir en el momento mismo en que pude dibujar mis primeras letras. Recuerdo que, a los siete u ocho años de edad, intenté una novela, y que no me fue posible continuarla porque en el capítulo inicial morían, uno tras otro, todos los personajes". En todos sus papeles de crítica literaria, en cada sílaba de su poesía, en sus crónicas y meditaciones se muestra ese gusto por dibujar letras, juntarlas; el gozo de acumular renglones.

La poesía de García Terrés, recogida recientemente en *Las manchas del sol*, nombra el sueño y el silencio. "Toda gran poesía es una aproximación al silencio" escribió. Como debemos cerrar los párpados para ver, necesitamos callar para que la voz emerja. La escritura, decía en un poema, consume su vocación mayor "en boda medular con el silencio". Por eso dice Paz que la poesía de García Terrés es un "estallido sordo, hacia dentro". Una poesía hecha de frases "arduas, tensas." Una poesía estricta pero nunca solemne; rigurosa pero salpicada de humor. Bajo su aparente prosaísmo, apunta Zaid, hay una dicción exacta que elude la queja romántica y el discurso engolado.

Exactitud: Ezra Pound decía que la poesía era "una suerte de inspirada matemática que nos brinda ecuaciones no para figuras abstractas, triángulos o esferas, sino para las emociones humanas." "Idilio" de García Terrés, es una buena muestra de esa precisión:

Adolezco de fútiles cariños unos con otros ayuntados.
 Bebo no sin ternura mi taza de café.
 Conservo
 retratos azarosos y animales domésticos.
 Me absorben los rumores en la calle, los muros blancos al amanecer,
 la lluvia, los jardines públicos.
 Mapas antiguos, mapas nuevos, llenan mi casa.
 La música más frívola complace mis oídos.
 Innumerables, leves,
 como la cabellera de los astros,
 giran en torno a mi destino minucias y misterios:
 Red que la vida me lanza;
 piélagos seductor entre cuyo paisaje voy sembrándome.

Entre su prosa destacan *Poesía y alquimia*, una imaginativa lectura de Gilberto Owen y su incursión en los territorios del psicoanálisis, *Los infiernos del pensamiento*. Pero me quedo con su abundante prosa de paso. Textos como los que preparaba para "litoral" de la *Gaceta del Fondo*, la columna de "El ratón" en *Biblioteca de México*, *El reloj de Atenas*, registro de sus días como embajador en Grecia y *El teatro de los acontecimientos*, crónica, anecdotario, diario, memoria. Espacios en donde García Terrés hablaba de todo. De amigos, libros y viajes. De las respuestas siempre geniales de las

misses en los concursos de belleza, de metidas de pata en las recepciones diplomáticas. De los exabruptos de Alfonso Reyes, del periódico de la mañana, de las aburridas clases de Julio Torri y su escondida colección de literatura erótica. Registros antiépicos de ese día a día que forma una vida. En Reloj de Atenas se preguntaba "¿Por qué esta necesidad de decir, de comunicar aun las cosas más triviales, de acumular renglones?" Y de inmediato responde: "En realidad me gusta escribir. Me agrada que las ideas vayan precisando su forma en el papel; que quede algo del fluir del pensamiento".

Pero no quedan solamente los escritos de García Terrés. Su obra se extiende en la obra de muchos. Un anillo de la cultura mexicana de esa segunda mitad del siglo. Mucho de lo bueno que, en materia editorial y de difusión de la cultura, se ha hecho en la Universidad Nacional, en Bellas Artes, en el Fondo de Cultura Económica, en la Biblioteca de México, ha sido alrededor del aro de Jaime García Terrés.

En estos días se presenta en un forito de la colonia Roma "Cuarteto". Obra del gran dramaturgo alemán Heiner Müller. La puesta dirigida por Ludwik Margules es realmente impecable. Desde la más estricta economía, con un trazo limpiísimo, lanza al espectador el reto de este "teatro de las bestias."

Müller murió el penúltimo día de 1995. Dramaturgo maldito de la Alemania rota para quien el teatro tiene un sentido: nombrar el espanto. Su vida encarnó los horrores del siglo. A los cuatro años su padre es arrestado por la policía nazi. El niño ve el arresto... y se hace el dormido. Esa es, según el propio dramaturgo, la primera escena de su teatro: la culpa. Como adolescente: soldado nazi, unos años después: comunista entusiasta, luego un crítico del socialismo real (más de su estética que de su política) que se vuelve colaborador de la temida policía secreta de la Alemania "Democrática" (aunque, según cuentan, un agente inútil porque la Stasi no lograba descifrar su lenguaje).

Su teatro comenzó bajo la fuerte influencia de Brecht y el "realismo socialista". Pero Müller abandona el optimismo panfletario del régimen para sumergirse en un ácido pesimismo. La historia no avanza hacia el progreso, es un charco de agua estancada, un matadero. Por eso sus obras muestran un tiempo detenido en donde lo único que fluye es la poesía. "El tiempo es el agujero de la creación, la humanidad entera cabe ahí. Al pueblo, la iglesia le tapó el agujero con Dios: nosotros sabemos que el agujero es negro e infinito. Cuando el pueblo se entere, nos hundirá en él". Eso escribe en "Cuarteto".

Para Müller, el teatro ha de ser verbal, con tantas palabras como el directorio telefónico. La única forma de gozar la desgracia es a través del arte que combate la "desnutrición que causan los clichés y los paliativos."

Para armar sus obras, Heiner Müller se apoyaba frecuentemente en un texto previo. "Cuarteto" tiene como punto de partida Las relaciones peligrosas de Laclos. Bien apunta Juan Villoro, autor de la estupenda traducción de "Cuarteto", que el lenguaje de la obra "pasa de la escatología prostibularia a disquisiciones con ecos de Nietzsche y Shopenhauer." La intensidad poética de Müller no lo lleva a la concentración. Su poesía no es por goteo sino en catarata, más bien en una especie de vómito incontenible. La expresión no me parece excesiva. Porque en su obra las palabras chorrean como secreciones corporales, los diálogos de "Cuarteto" parecen diarreicos. Las palabras como coágulos de sangre, el alma como mucosa. Una muestra de este idioma desgarrador:

"Lo amé Valmont. Sin embargo, antes de matarme me encajaré un clavo en la vagina para asegurarme de que no crezca nada que usted pudiera haber plantado, Valmont. Es usted un monstruo, y yo deseo ser otro. Apareceré en sus sueños, verde y cubierta de venenos.

Bailaré para usted, saltaré la cuerda. Mi rostro será una máscara azul, de la que cuelga la lengua. Entregaré mi cabeza al gas de la estufa, sabiendo que usted está detrás de mí con la solaintención de penetrarme, sentiré deseos de que lo haga mientras el gas me llena los pulmones. Es bueno ser mujer, Valmont, en vez de un triunfador. Si cierro los ojos, puedo ver cómo se pudre. No envidio la cloaca que crece en usted, Valmont.

¿Desea saber algo más? Soy una agonizante enciclopedia de la conversación: cada palabra un coágulo de sangre".